

Capítulo 1

Que me parta un rayo.

Sin necesidad de gritar, aquellas palabras pronunciadas entre dientes eran lo bastante impactantes como para que Gerald Westall, secretario de William de Vaux, dirigiera una mirada a su señor, el duque de Belcraven. El aristócrata estaba sentado tras su inmenso escritorio tallado ocupándose de la correspondencia diaria. Los anteojos, que usaba sólo para leer, reposaban sobre su larga y recta nariz mientras repasaba la misiva que había provocado dicha exclamación.

El señor Westall, un caballero alto y delgado al que parecían haber estirado —como una figura de El Greco—, fingió volver a su trabajo, pero su mente seguía pendiente del duque. ¿Eran esas palabras una expresión de conmoción? ¿O rabia? No, pensó; de asombro. El joven esperó con impaciencia a que Belcraven requiriera su presencia para así enterarse de la causa de todo aquello, pero iba a llevarse una decepción.

El duque bajó la carta y se levantó para acercarse a uno de los ventanales que daban a Belcraven Park, residencia de la familia durante trescientos años. Hacía sólo quince, para celebrar el cambio de siglo, cientos de hectáreas en torno a la gran casa se habían ajardinado esplendorosamente según el estilo pintoresco de Humphry Repton. Apenas cuatro años atrás, como parte de las grandiosas celebraciones que señalaban la mayoría de edad del heredero de Belcraven, el marqués de Arden, se amplió el lago, mejorándolo además con la adición de una isla en la que se erigió un templo griego desde el que lanzaron fuegos artificiales. Todo

era muy hermoso, pero al jefe del señor Westall le era tan familiar que no tenía por costumbre admirar su propiedad.

La postura del duque dejaba inferir poco. Mantenía erguido su cuerpo delgado sin delatar aún sus cincuenta y pico años de edad. Sus rasgos poco destacables no revelaban secretos, algo habitual en él. El duque de Belcraven era, en opinión de su secretario, un tipo seco.

A medida que se prolongaba el silencio pensativo del duque, la preocupación del señor Westall fue en aumento. Si un desastre había afectado a la casa de los De Vaux, ¿caería él con el resto?

Pero eso era ridículo. El duque era uno de los hombres más ricos de Inglaterra, y Gerald Westall sabía mejor que nadie que su patrono no era dado a inversiones arriesgadas ni al juego. Ni lo era su hermosa duquesa.

Pero ¿y su hijo?

Al señor Westall no le caía en gracia Lucien Philippe de Vaux, marqués de Arden, un dandi disoluto que había nacido entre mantillas, como suele decirse, y no temía nada ni a nadie. En sus raras visitas a Belcraven Park, el marqués hacía caso omiso de la existencia de Westall y trataba a su padre con una cortesía formal equiparable al insulto. El secretario caviló sobre el hecho extraño de que los padres e hijos de la nobleza parecieran incapaces de llevarse bien. Sólo había que fijarse en el rey y su Regente; antes de que el rey se volviera loco, claro. Tal vez fuera debido a que el heredero tenía que esperar a la muerte del padre para que su verdadera vida empezara, y el padre era demasiado consciente de ese hecho.

Por una vez, al señor Westall le complació poder seguir su propio camino en la vida.

Pero, por otro lado, pensó, mirando los rasgos fríos del duque, tenía que ser duro sentir aprecio por un hombre que no da muestras de afecto en absoluto. El marqués sí era cariñoso con su madre, quien tenía un carácter muy dulce. Se llevaban muy bien. Aunque era bien sabido que las mujeres se le daban estupendamente a Arden.

El duque se volvió por fin.

—Señor Westall, tenga la bondad de mandar aviso a la duquesa para solicitarle unos momentos de su tiempo.

El secretario fue incapaz de encontrar indicio alguno en su rostro o voz. De hecho, pensó el señor Westall mientras transmitía la orden al

lacayo ubicado en el exterior de la puerta, un desconocido habría imaginado que al duque no le inquietaba ningún tema de importancia. No obstante, estaba claro que no era así. Para él, visitar a la duquesa a esa hora era una variación dramática en su rutina. Esa misteriosa carta tendría que ver con su hijo.

Lo más probable era que el apuesto marqués se hubiera roto el cuello en una de sus proezas alocadas y entonces ¿cómo acabarían todos? El familiar más próximo era un primo segundo. La casa De Vaux había transmitido el título de padre a hijo durante doscientos años sin interrupción. El marqués no supondría una pérdida, pero el final de una tradición así sería lamentable.

Cuando el lacayo regresó para decir que la duquesa estaba disponible cuando le fuera bien al duque y éste salió para transmitir las tristes noticias a su esposa, el señor Westall ya estaba inspeccionando el escritorio en busca de una gran cantidad de mensajes de pésame.

Cuando el duque hizo entrada en los aposentos espaciosos de su esposa, la ayudanta de camerino que le dio paso desapareció con discreción. La duquesa estaba sentada con una labor en la mano, junto a la luz de las cristaleras que daban al balcón. El aire de febrero aún era demasiado frío como para abrir las puertas, pero la luminosa luz que entraba a raudales creaba la ilusión de una estación posterior y los narcisos y jacintos florecían en los tiestos que perfumaban el aire.

El duque admiraba el hecho de que, a diferencia de tantas mujeres de su edad, su esposa no evitara la luz luminosa, y reconoció que no le hacía falta. Su rostro anunciaba sus cincuenta y dos años y todas las sonrisas y lágrimas que habían contenido, pero sin desmerecer su belleza. La plata apagaba progresivamente los brillantes rizos dorados, pero sus ojos conservaban el mismo azul claro y sus labios su tierna curva. Se vio devuelto a la primera vez que la vio, sentada en el jardín del *chateau* de sus padres...

—Buenos días, Belcraven —saludó ella con su suave voz, que aún conservaba un deje del francés que había sido su lengua en la infancia—. ¿Querías hablar conmigo?

Su expresión, como siempre, era de amable cortesía.

El duque se preguntó si habría alguna posibilidad de que este milagro pudiera solventar las cosas, pero luego apartó esos pensamientos anhelantes y se adelantó para tenderle la carta.

—Sí, señora. Lee esto, si me haces el favor.

La duquesa se ajustó los delicados quevedos ribeteados de oro que también se veía obligada a ponerse para labores sutiles y se concentró en la carta. El duque observó su reacción con atención, pero no vio horror ni dolor, sólo leve sorpresa. Cuando concluyó alzó la vista y le miró con una sonrisa.

—Qué tontería por su parte no haber hecho antes una solicitud, Belcraven. ¿Qué deseas hacer? Estaría encantada de alojar aquí a la muchacha. Es tu hija y he echado de menos tener a mis hijas aquí desde que Joanne se casó.

El duque se apartó de la mirada calmada de su esposa y se entregó otra vez a examinar su finca. Qué necedad esperar la indignación de su esposa ante esta prueba de su infidelidad del pasado, pensó. Qué necedad por su parte desearlo. Aun así, anhelaba que algo súbito rompiera la coraza gélida que había constreñido su matrimonio durante más de veinte años.

—No —respondió por fin—, no quiero traer aquí a mi hija ilegítima, señora. Mi intención es preparar una boda entre ella y Arden.

Se volvió para ver la reacción de su esposa. Ella perdió el delicado color de sus mejillas y pareció envejecer ante sus ojos.

—¿Arden? Pero él no lo aceptará, Belcraven. Esta misma semana pasada escribió diciendo que estaba armándose de valor para proponerle matrimonio a la chica Swinnamer.

El duque resopló enojado.

—¿Y por qué no me lo has contado? ¿No estoy autorizado a interesarme por mi heredero aunque no sea hijo mío?

La duquesa levantó su pálida mano como defensa instintiva contra tal acusación y luego la dejó caer mientras bajaba la cabeza.

—Diga lo que diga de Lucien, sea bueno o malo, siempre me lo discutes. Sólo intento mantener la paz.

—Bien —replicó él con brusquedad—, entonces confía en que aún no se haya comprometido con esa muchacha o no volverá a haber paz.

Luego suspiró y su rostro se suavizó por el cansancio. Se acercó para sentarse en la silla enfrente de ella.

—¿No lo ves, Yolande? Es la ocasión de enmendarlo todo, de corregir viejos errores. Si tu hijo se casa con mi hija el linaje continuará ininterrumpido.

La duquesa se agarraba las manos con fuerza mientras lo miraba.

—Pero hablamos de personas, William. *Personas*. Lucien ya ha entregado su corazón. ¿Cómo sabes si esa chica, esa Elizabeth Armitage, no lo ha hecho también? ¿Cómo sabes —preguntó con desesperación— que es tu hija, para empezar?

Él apartó la mirada de sus ojos suplicantes.

—Haré indagaciones, pero yo lo creo. Mary Armitage era sincera en extremo, aunque algo estúpida. Creo que fue eso lo que me atrajo de ella cuando nos conocimos por casualidad. Después de...

Había empezado a volverse hacia su esposa y pudo captar la tirantez en ella mientras se preparaba para recibir recriminaciones del pasado. Él interrumpió lo que había estado a punto de decir sin pensar.

—Era virtuosa y sincera —continuó con torpeza. Al fin y al cabo era un hombre explicando a su esposa un acto de adulterio—. Pero también tenía buen corazón. Yo me sentía dolido por todo lo que había sucedido y ella respondió a mi dolor. No aceptó regalos, ni siquiera pequeños... —Se frotó las sienes con ansiedad—. Ojalá hubiera acudido a mí para pedirme ayuda al descubrir que estaba embarazada, pero típico de ella no hacerlo. Tal vez pensara en ahorrarme la contrariedad, aunque lo más probable es que quisiera dejar atrás toda la relación.

El duque cogió la carta de los dedos de su esposa y miró la caligrafía titubeante de la mujer que, en otro tiempo tan breve, había sido su amante.

—Su marido era un oficial de la Armada, y estaba embarcado en la época en que nos conocimos, por lo que Mary no pudo hacer pasar la criatura como hija de su esposo. De algún modo debió de conseguir ocultar el embarazo a sus amigos y familia. Por eso tuvo que recurrir a la ayuda de esa amiga que ha criado a la niña.

—Y en su lecho de muerte —añadió la duquesa en voz baja— se ha percatado de que ahora cesarán sus aportaciones a la educación de su hija

y te pide que asumas tu deber. Una mujer concienzuda, pero, como dices, un poco estúpida. Si la chica es hija tuya, tal vez se parezca a ti. Y entonces, ¿qué?

—Con mi físico no es tan fácil establecer parecidos fuertes —dijo el duque con sequedad, y la duquesa tuvo que darle la razón. Tenía el pelo marrón oscuro y liso, ahora un poco escaso y salpicado de canas; sus rasgos y constitución eran regulares y sin ningún punto destacable; los ojos eran de un tono gris-azulado. Aunque la chica fuera su vivo retrato, apenas se apreciaría.

La duquesa intentó disuadirle con poca esperanza.

—William, no va a funcionar. ¿Qué dirá todo el mundo al ver que nuestro hijo se casa con una don nadie?

Él sonrió con amargura.

—Si algo tiene *tu* hijo, señora —la duquesa contuvo el aliento al oír el adjetivo—, es que a nadie le sorprenderá nada de lo que haga.

—¿Y si se niega? —preguntó con desaliento.

El duque se sentó aún más tieso, la determinación endureció sus rasgos.

—Entonces le desheredaré de todo exceptuando la propiedad que conlleva el título.

—No, William. ¡No puedes!

La mayor parte de la fortuna familiar no estaba vinculada al hijo mayor. La duquesa sabía que sin ese patrimonio Lucien nunca sería capaz de mantener las grandes casas, la multitud de criados y dependientes, la posición que se esperaba en un duque.

—Puedo y lo haré. —El duque se puso en pie—. Heredé una línea de sangre impecable y la transmitiré así. Si Arden no entiende sus obligaciones, entonces no se merece esa posición.

La duquesa se puso en pie llena de inquietud.

—¿Vas a decírselo?

El duque alzó la barbilla.

—Por supuesto que sí.

Las lágrimas brillaron en los ojos de su esposa. Era la primera vez que la veía llorar en años. Se apartó de repente:

—No tengo opción, Yolande —dijo en voz baja.

—Cómo va a odiarnos.

—Deberías haber pensado en eso —dijo el duque con frialdad— antes de llevarte a la cama a Guy de St. Briac.

Y tras decir eso salió de la habitación.

La duquesa buscó a tientas la silla y se dejó caer en ella. Trató de encontrar el pañuelo para secarse las lágrimas. Desde luego, si hubiera contado con el don de la previsión, habría evitado a St. Briac como la peste.

Guy de St. Briac fue de todos modos su primer amor, tan alegre y encantador, en los jardines y salones de baile prerrevolucionarios de Francia. No era un buen partido, por supuesto, pero de cualquier modo era un rompecorazones. Cuando el duque —por entonces marqués de Arden aún— pidió su mano, Yolande de Ferrand respondió al apremio de su familia y lo aceptó. No estaba en absoluto enamorada de él, pues no era gallardo ni apuesto, y su talante era reservado, pero la elección de sus padres no le desagradó. No tardó demasiado en acabar queriéndole, un amor benévolo que le permitió darle encantada cuatro hijos, dos de ellos chicos saludables, William y John. Durante esos primeros años amables en Inglaterra nunca pensó en St. Briac.

Pero luego, cuando Francia empezó a desintegrarse, volvió a coincidir con él... Ah, se había mostrado tan consternado por lo que sucedía en su patria; casi igual de apenado que ella con las sombras que acechaban el mundo dorado de su juventud. St. Briac la necesitaba con desesperación, y ella reavivó por un instante sus sueños de juventud. La ausencia de William, cazando gansos en Escocia, brindó la oportunidad.

Había sido una única ocasión, pues Guy se encontraba de camino hacia su nueva vida en las Américas. Una única vez. Y había servido para demostrarle que sus sentimientos por su marido no eran benévolos en absoluto. Durante un tiempo pensó que su pecado había sido una bendición, ya que le llevó a esperar con impaciencia el regreso de su esposo para expresar la pasión recién descubierta por él.

Ojalá William no se hubiera roto la pierna; entonces tal vez no se hubiera enterado nunca. Ella tampoco estaba segura de a quién atribuir la paternidad. No obstante, para cuando pudieron volver a compartir la cama de nuevo, Yolande se vio obligada a confesar su acción y las consecuencias de la misma.

Él había sido tan amable, recordó la duquesa mientras se tragaba otra vez un nuevo acceso de lágrimas. Dolido pero amable, y conmovido por su declaración de amor profundo. Había aceptado al niño aún por nacer, como otros hacían en tales circunstancias. Y no porque la criatura, en caso de ser chico, fuera a ser su heredero...

Luego, se produjo aquel espantoso accidente. Una niñera demasiado negligente, dos niños traviesos jugando con un barco, el de tres años siguiendo ciegamente al de cinco...

Ahogados. Los dos fallecidos.

Las lágrimas volvieron a sus ojos una vez más al recordar su tragedia, aún mayor que la muerte de esa preciosidad de niños. Había sido la muerte de su matrimonio y de toda felicidad.

Se encontraba en el séptimo mes de embarazo y, en su profundo dolor, había rogado a Dios perder la criatura. Cuando eso no sucedió, rogó durante todo el parto dar a luz a una niña. En vano.

Se preguntó qué sentiría al coger en brazos a un bebé engendrado en tales circunstancias, pero lo único que descubrió fue un amor abrumador. Tal vez por la tragedia reciente, tal vez por el distanciamiento entre ella y el duque. Estaba segura de que el vínculo establecido al instante con su nuevo bebé, el más precioso de todos, no tenía nada que ver con St. Briac, aunque el duque tal vez no lo creyera.

Lo amamantó ella misma, el único de sus hijos al que dio el pecho, y deseó con desesperación haber sentido esa estrecha relación con los otros. Tomó la decisión de dar el pecho a cualquier hijo venidero, pero no hubo más. A partir de ese día el duque nunca volvió a su cama.

La duquesa sacudió la cabeza mientras el antiguo dolor vibraba en su interior. Pensaba que los años solventarían este problema al menos. No obstante, cada vez que veía a William, el amor se inflamaba en su interior. Incluso el sonido de su voz podía acelerarle el corazón. Al menos él no la había repudiado, aunque la espantosa formalidad que había establecido entre ellos era una barrera monstruosa. Algún día, se dijo a sí misma, su presencia unas pocas horas al día sería suficiente.

Algún día.

Se obligó a detener esa línea de pensamiento.

El duque no albergaba dudas sobre la paternidad del niño, pero no

iba a negarle los apellidos. La criatura fue bautizada Lucien Philippe Louis como el padre de la duquesa, su tío y el rey de Francia. Se consideró un gesto emotivo como apoyo a la aristocracia francesa, abrumada por tantos problemas.

La duquesa recordó cómo todo el mundo había alabado la bondad de Dios al reemplazar con tal premura lo que habían perdido. Recordó a William recibiendo impávido todas esas felicitaciones.

Eran tan jóvenes. Ella tenía veintisiete años, el duque sólo treinta y uno. Tal vez por ese motivo no fueron capaces de sortear la ruina de sus vidas.

Una vez que pasó el revuelo, él huyó a Hartwell, la preciosa casita en Surrey en la que había vivido antes de acceder al título. Allí por lo visto buscó consuelo en brazos de una mujer «honesta».

La duquesa suspiró. Era demasiado tarde para sentir dolor por esa traición. Bastante ridículo también. ¿Era el resultado —esa Elizabeth Armitage— una bendición o una maldición?

William había dado con una solución, supuso que lo era, pero ¿a qué coste? Lucien sabría lo que ella había hecho. La brecha entre él y su padre se agrandaría. Atarían a dos personas en un matrimonio sin amor.

Al menos debería advertir a su querido hijo.

Se apresuró a sentarse ante su elegante escritorio y escribió una acelerada explicación: para prepararle, para pedirle que accediera si era posible, para suplicarle perdón. Llamó al timbre de plata y entró un lacayo.

—Deseo que hagan llegar esta nota al marqués en Londres —dijo. Luego, cuando el hombre se dio la vuelta para marcharse añadió—: ¿Sabe si ha mandado también una nota el duque?

—Creo que el duque sale para Londres en este mismo instante, Su Excelencia.

La duquesa se volvió hacia la ventana. Los árboles sin hojas y la clara luz del sol eran la imagen de la perfección. Un carruaje con el escudo del ducado tirado por los seis caballos más veloces de los establos descendía como una exhalación por la calzada. Suspiró.

—No creo que mi carta sea necesaria al fin y al cabo —dijo, y la recogió. Cuando el hombre se retiró, la rompió en pedazos para luego arrojarla al fuego.

Que sea lo que Dios quiera. Los últimos veinticinco años, sin el amor de su esposo y sin esperanza de recuperarlo, le habían enseñado a tener cierta resignación.

Capítulo 2

La noche atrapó a Lucien Philippe De Vaux, marqués de Arden, cabalgando como alma que lleva el diablo a través de las oscuras calles de Londres empapadas de lluvia. Montaba un caballo robado y sólo una destreza y fuerza extraordinarias controlaban al excitado animal sobre aquellos adoquines resbaladizos. Cuando le maldecían los asustados conductores de tiros de caballos, él se reía y su dentadura blanca relucía con la luz de las lámparas de gas. Y en cuanto un vendedor de frutas aulló desde su puesto «¡Malditos señoritingos!» y lo acribilló con algunas de sus mercaderías menos selectas, atrapó una de las manzanas y la devolvió privando con precisión al hombre de su gorro de fieltro.

Frenó el caballo ante el teatro Drury Lane y llamó a un golfillo que rondaba por allí.

—Vigila el caballo y habrá una guinea para ti —gritó mientras se lanzaba corriendo hacia una puerta lateral. Las puertas principales ya se habían cerrado hacía rato, como todas las noches.

El chico descalzo agarró las riendas del cansado caballo como si fueran su esperanza celestial, y tal vez lo fueran.

Los golpes del marqués en la puerta del teatro, ejecutados de hecho con un ladrillo que había cogido en el callejón, pronto hicieron salir al portero gruñón.

—¿Qué demontre quiere? —ladró a través de un resquicio en la puerta.

El marqués sostuvo una reluciente guinea y la puerta se abrió de par en par.

El hombre agarró la moneda.

—Todo el mundo se ha ido —dijo—. Si está buscando a la señora Blanche, se ha marchado con el Marqués Loco.

Al oír la risa del recién llegado pestañeó y sostuvo el farol un poco más alto. Iluminó los rasgos bien definidos y los brillantes ojos azules. El hecho de que el distintivo pelo dorado del marqués estuviera empapado y marrón no disimulaba su identidad.

—Le ruego me perdone, milord. No se lo tome a mal.

—En absoluto —dijo el marqués con aire despreocupado mientras se abría paso—. La Paloma Blanca de Drury Lane se ha dejado su pañuelo favorito en la habitación. Vengo como su humilde servidor a recogerlo.

Tras decir eso se fue a toda velocidad por el lúgubre pasillo.

El portero sacudió la cabeza.

—Locos. Están todos locos.

Mordió la guinea por hábito, aunque bien sabía que Arden no daría una moneda falsa.

Al cabo de unos momentos el joven aristócrata regresó corriendo con agilidad por el pasillo y de nuevo salió a la lluvia, que sin duda estaba echando a perder una pequeña fortuna en confección elegante. Cogió las riendas del caballo y sacó otra guinea. Luego vaciló mientras miraba al golfillo.

—Me sorprendería que tuvieras más de doce años —dijo pensativo—. Vas a tener problemas para liquidar eso.

No costaría mucho fastidiar al chico, que miraba con los ojos abiertos fijos en el oro.

El marqués puso una mueca.

—No te preocupes, no voy a embaucarte. ¿Qué te parecería cabalgar de regreso conmigo? Entonces te compensaría a lo grande.

El chico retrocedió un paso.

—¿En el caballo, patrón?

—Por supuesto que en el caballo —dijo el marqués saltando sobre la grupa del gran corcel castaño—. ¿Bien?

El muchacho vaciló, y el marqués dijo con impaciencia:

—Decídetes de una vez.

El chico estiró los brazos y el marqués alzó su cuerpo esquelético.

— ¡Agárrate bien! —dijo a viva voz, y puso el caballo al galope de nuevo con un puntapié.

Las calles estaban un poco más tranquilas una vez vacías de la multitud del teatro y los vendedores ambulantes que ofrecían sus servicios y que ya se habían marchado. No obstante, aún había bastante gente como para que la cabalgada fuera ardua, provocando comentarios por parte del nervioso pasajero que montaba tras el marqués. «¡Por Dios bendito!» «¡Cuidado, patrón!» y, cuando el conductor de una calesa se vio sorprendido y dirigió el caballo sobre la acera, «Cabeza hueca».

El empapado caballo, echando espuma por la boca, fue obligado a frenar ante una majestuosa mansión en una plaza de Mayfair, lejos del circuito habitual por donde rondaba el golfillo. El encopetado caballere te desmontó y gritó:

— ¡Vigila el jamelgo un minuto! —ordenó, al tiempo que subía los amplios escalones a toda velocidad.

Justo cuando la campana de una iglesia cercana empezaba a dar la hora, las enormes puertas dobles se abrieron para darle la bienvenida vertiendo una deslumbrante luz sobre los húmedos escalones de piedra.

Una delicada visión de blanco, desde el cabello suelto plateado hasta la bata ondeante de encaje y las pantuflas blancas, se arrojó en sus brazos y gritó:

— ¡Lo has conseguido! ¡Lo has conseguido! Sabía que podrías.

El marqués la levantó en sus brazos dándole vueltas mientras ella chillaba por lo mojado que estaba.

El chico de la calle oyó a su deudor entrar riéndose en la casa mientras decía:

— Al infierno la bata. Te prefiero sin nada de todos modos. ¿Dónde está Dare?

Las grandes puertas se cerraron y bloquearon la luz.

El chico, que respondía al nombre de Sparrow, o Sparra más bien, se estremeció con la gélida humedad.

— Otra vez te han enredado —masculló—. Encaramado en la grupa de un puñetero caballo. Gracias a Dios el animal está demasiado hecho polvo para moverse.

Quedaba muy alto para bajar al suelo.

Al cabo de un rato, de todos modos, cuando el caballo dio muestras de volver a la vida, el muchacho optó por un mal menor. Agarrándose a la perilla de la silla se deslizó hacia abajo y aterrizó de lleno en un charco. El caballo miró a su alrededor con aire ofendido.

—No va contigo —dijo entre dientes Sparra mientras se restregaba el barro pegajoso de sus andrajos húmedos y sucios de por sí—. Seguro que no tardan mucho en pegarte una buena cepillada y te echan de comer. Esta gente se ocupa de sus caballos, qué carajo. No debería haber hecho caso al maldito ricacho.

Examinó el caballo para ver si había algo que mereciera la pena llevarse.

Justo en ese momento unos gruesos dedos lo agarraron por su mugriento cuello y le dieron la vuelta hasta dejarlo de cara a un gigante corpulento.

—¿Qué estás haciendo con mi caballo, engendro del diablo?

—Yo... yo.

Sparra estaba medio estrangulado y muerto de miedo. Pateaba mientras se meneaba, pero la mano del hombre era como una tenaza.

—Ya te enseñaré a llevarte la montura de un caballero, bellaco miserable —ladró el hombre y descendió la fusta de montar sobre el cuerpo de Sparra.

—¡Ou! Por favor, jefe... ¡Aah!

La fusta silbó y cortó una y otra vez.

Una voz fría interrumpió:

—Me cuesta pensar que éste sea el lugar idóneo para corregir a un criado en falta, señor.

El hombre dejó de pegar, pero continuó agarrando con fuerza a su cautivo.

—¿Y quién diantres es usted, señor? ¿Y qué le incumbe lo que haga yo?

Era obvio que el recién llegado acababa de descender de una preciosa cuadriga de viaje. Todo en él hablaba de la mejor calidad, decidió Sparra con vista certera de mendigo. No sólo su sobretodo con capa, de corte perfecto, sus relucientes botas, su elegante sombrero de fieltro de castor y sus guantes habanos, sino la manera en que permanecía en pie y la suavidad de su voz.

Un lacayo empolvado permanecía tras él protegiéndole de los elementos con un gran paraguas negro.

—Soy el duque de Belcraven, señor —dijo el recién llegado— y ésta es mi casa, que está perturbando con su gresca.

Sparra deseó poder ver el rostro del matón al oír aquello. También deseó que el hombre aflojara su asimiento, en vez de apretar cada vez más. Entonces podría largarse de allí... rápido. No quería tener nada que ver con duques. Y bien sabía que robar caballos te ganaba una paliza con la fusta.

—Perdone, Su Excelencia —dijo el hombre con voz tensa—. Le estaba dando su merecido a este miserable por haber agotado cabalgando a mi caballo, que había dejado tranquilamente por aquí.

El duque levantó un monóculo y estudió el caballo, un animal grande como el requerido por un jinete tan voluminoso. Luego miró al culpable.

—Si de verdad ha montado ese caballo hasta dejarlo en este estado —dijo con frialdad— sugiero que le ahorre la paliza y lo contrate sin demora como jockey.

Sparra imaginó una vida entera obligado a montar caballos enormes e intentó poner alguna objeción medio atragantado. La mano en su cuello le obligó a callarse de una sacudida.

En ese momento, las puertas de la gran casa se abrieron otra vez y una voz clara dijo:

—¿Qué diantres...? ¡Suelte al chico!

Luego en un tono diferente, carente de toda emoción:

—Su Excelencia. No le esperaba.

El duque desplazó su monóculo para mirar hacia las escaleras, alfombradas otra vez de rutilante luz dorada. Allí se encontraba el deudor de Sparra con un telón de fondo de sirvientes y caballeros y una menuda dama a su lado toda de blanco. La dama se esfumó rápidamente perdiéndose de vista. Tras un momento sin aliento, el duque dejó caer su monóculo y subió los escalones hacia su heredero, seguido meticulosamente por el portador del paraguas.

—Es evidente —dijo con voz gélida—. Si este altercado es responsabilidad tuya, Arden, haz el favor de apartarlo de la entrada.

Entonces se metió en la mansión y aceptó las atenciones de sus sirvientes, obligados a cambiar de forma abrupta de la actitud desenfadada adecuada para el marqués y sus amigos, al decoro apropiado que exigía el duque. Los invitados se ausentaron del vestíbulo con discreción, pero en cuestión de minutos se oyeron cantos provenientes de la sala de música. No era una canción especialmente decente.

Mientras despojaban al duque de su prenda exterior empapada, éste se limitó a decir:

—Me retiraré a mis aposentos con una cena ligera. Arden, deseo verte mañana después del desayuno.

—Sí, señor —contestó el marqués sin inmutarse.

Observó a su padre durante un momento, luego miró al exterior, al retablo helado y empapado de lluvia donde el golfillo seguía agarrado por el enmudecido propietario del caballo. Encogiéndose de hombros, aceptó la necesidad de echar a perder otro conjunto de ropa y salió a la lluvia con la misma facilidad que si hiciera un tiempo perfecto.

—Va a soltar al chico de inmediato —dijo con frialdad.

—Oh, ¿sí? —dijo con sorna, confundido quizá por las galas empapadas del marqués y la manera en que había recibido órdenes del duque—. Bien, gallito, este muchacho se merece un azote y lo recibirá, y ningún lacayo de un duque dice lo contrario.

—Dale un golpe al chico y te hago pedazos —dijo el marqués con calma—. Yo te robé el caballo.

El hombre soltó a Sparra, pero antes de que el chico pudiera huir fue agarrado con igual fuerza.

—No te vayas —fue todo lo que dijo el joven ricacho, y Sparra obedeció. No estaba seguro de si era miedo, agotamiento o sólo la confianza que emanaba de esa voz, pero la cuestión es que hizo lo que le decía. Fue testigo de un gran choque.

El «patrón joven» era alto y fuerte y con toda probabilidad entrenaba con Jackson, pero el «patrón grande» era mucho más pesado y también sabía lo que se hacía. Propinó un arrollador derechazo que dejó al joven despatarrado, aunque éste se puso en pie en un momento y contraatacó con un fuerte puñetazo en el gordo estómago.

Para entonces media docena de señoritingos habían salido bajo la llu-

via y animaban a su amigo, y un par de viandantes también ofrecían sus consejos. Sparra nunca había visto a tantos finolis empapados. Mañana iba a ser un gran día para los sastres, pensó. Confió en que el joven patrón no se llevara tal paliza como para olvidar sus obligaciones.

No había peligro de que eso pasara. Quedó obvio que el joven había estado entrenándose hacía poco. Pese a los duros golpes que le llegaban, sólo le dejó tocado uno. Ahora empezaba a verse con claridad su destreza, y con unos pocos movimientos destrozó la guardia del grandullón y le asestó un gancho de izquierda tremendo, dejándolo fuera de combate.

El deudor de Sparra examinó al oponente y se frotó con una mueca los nudillos.

—Vaya tipo repelente. Le habría pagado de buena gana el uso del caballo. —Sacó unas pocas guineas—. Aquí, que alguien le meta esto en el bolsillo.

Sus amigos dieron muestras de querer llevarle de vuelta al interior de la casa, pero él se apartó:

—¿Dónde está el muchacho?

Con un destello de esperanza en el pecho, Sparra se adelantó y el finolis lo estudió. No tuvo reparos en levantar la camisa destrozada de Sparra y puso una mueca al ver las señales debajo.

—Nada serio, patrón —le dijo el chico.

—De cualquier modo te debo algo adicional por ser mi chivo expiatorio, ¿verdad? ¿Tienes un hogar al que ir?

Ésa era una pregunta que Sparra debía considerar. Tenía un sitio en un callejón con otros pilluelos.

—Tengo un sitio pa dormir —masculló.

—A lo que me refiero es si tienes una familia.

—No, patrón. Mi mamá murió.

—Entonces pasa la noche con los mozos en las caballerizas. Me ocuparé de que te den una buena comida y ropa de abrigo, y mañana hablaremos. En este momento tengo demasiadas cosas que atender.

—Sí —dijo el chico comprensivo, respondiendo a su trato fácil—. Ese duque, ¿es su jefe?

—¿Mi señor? —El finolis esbozó una sonrisa cínica—. Sí, supongo que sí. ¡Marleigh! —llamó, y el mayordomo asomó la cabeza.

—¿Su Señoría?

—Manda a uno de los mozos y que recoja a este niño. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Sparra, Su Señoría —dijo el pillo, muy sobrecogido—. Le ruego me perdone si he sido maleducado, Su Señoría.

—No empieces a darme jabón, pequeñajo —dijo el dandi mientras se daba media vuelta—, es lo único que no voy a tolerar.

Luego volvió a subir corriendo las escaleras, seguido de su tropa de amigos. Las grandes puertas bloquearon de nuevo la luz.

Sparra consideró esfumarse y olvidarse de aquel finolis. Duques, lores... esos tipos no movían un dedo por críos de Figger's Lane.

Antes de poder decidir, un muchacho robusto que le sacaba unos años subió por las escaleras del sótano.

—¿Eres tú al que hay que hacer entrar? —preguntó con gran superioridad.

—Sí —respondió Sparra entre dientes.

El chico mayor lo miró por encima del hombro, luego su rostro se relajó un poco.

—Con Arden nunca se sabe qué va a pasar. No estés tan nervioso, chico. Es una buena casa, incluso cuando el duque está aquí y tenemos que andar con cuidado. Vamos entonces.

Mientras bajaban por las escaleras hacia las luces cálidas de la cocina, Sparra preguntó:

—Si ésta es la casa del duque, ¿cómo puede ser que el más joven me haga entrar?

—Porque es su hijo. Un día todo esto será suyo de todas formas. Eso no quiere decir que no vaya a llevarse una buena por haber montado este lío en la calle. El duque es el único que lo mete en vereda.

Incluso a esas altas horas, la residencia Belcraven estaba preparada para recibir invitados inesperados, tanto escaleras arriba como abajo. Mientras el chef francés preparaba a toda prisa un apresurado refrigerio de exquisiteces para el duque, sirvió a Sparra un cuenco de sopa y un trozo de pan cubierto de espesa mantequilla, aunque el chico se vio obligado a sentarse en el suelo del anexo de las fregaderas para comerlo. Tras una mirada de horror, el chef había mandado al pillo fuera de su cocina.

A Sparra no le importó demasiado. Era lo más parecido al cielo que podía recordar. Mientras sorbía ruidosamente la densa sopa con grandes tropezones de carne flotando, se preguntó si podía hacer algo para librar a su benefactor del rapapolvo del día siguiente. Todavía estaba considerando eso cuando se metió entre dos mantas secas y se acomodó en un rincón acogedor de los establos. No tardó en dormirse, cómodo y bien alimentado por primera vez desde la muerte de su madre.

A la mañana siguiente el marqués se despertó con un sentimiento de resignación en vez de sus habituales ganas de vivir. La razón de la visita no anunciada a la ciudad de su padre, fuera cual fuese, no auguraba nada bueno para él. Mientras le afeitaba su ayuda de cámara, Arden se preguntaba por qué nunca se había llevado bien con su padre. Sentía una tremenda admiración por él, pero cada vez que estaban juntos saltaban chispas. Y corría el riesgo de provocar un incendio.

Qué mala suerte que el duque hubiera aparecido durante aquella escena. Lord Darius Debenham —a quien todos conocían como Dare— había desafiado al marqués a que no era capaz de llegar a Drury Lane y regresar con el pañuelo de Blanche antes de la medianoche. El marqués nunca rechazaba una apuesta. El caballo de aquel condenado no había ido tan mal para la experiencia. Lo más probable era que aquella montura nunca antes hubiera hecho una buena carrera.

Eso le hizo recordar.

—Hughes, ¿cómo está ese chico? —preguntó mientras empezaba a arreglarse el corbatín negro alrededor del alto cuello.

Debería de ir acorde con el ánimo del día.

—Parece contento con su situación, milord —dijo el asistente—. De hecho, si me permite el atrevimiento, sería cruel devolverle a su existencia anterior después de darle a probar una vida aceptable.

El marqués inclinó el cuello con cuidado mientras mostraba las arrugas propias de un matemático.

—Vaya ideas. ¿Qué diantres se supone que voy a hacer con él?

—Estoy seguro de que podrá encontrarle algún puesto, milord. El personal lo encuentra bastante soportable, dado su origen. No se ha que-

jado demasiado por darse un baño, dice por favor y gracias, y ha preguntado qué puede hacer para echar una mano.

—Como cualquier caballero, de hecho. Oh, bien, pensaré en ello después de ver a mi padre.

El marqués dejó que le ayudara a ponerse la chaqueta azul oscuro y permaneció ante el espejo para considerar el efecto.

—¿Crees que camelaré a mi padre? —preguntó con sequedad a Hughes.

—Cualquier padre estaría orgulloso de un hijo así —respondió éste y, de hecho, pensó, era cierto.

El marqués tenía la altura de su padre, más de metro ochenta, pero con más músculo que el duque. No era corpulento, pero tenía anchos hombros y piernas fuertes de jinete contumaz. Y, por supuesto, era una versión masculina de la apariencia de su madre: las delicadas líneas de osamenta y una curva en la boca que cualquier chica envidiaría. También tenía los rizos dorados de la duquesa.

Daba gusto vestirlo. Los pantalones de color beige revelaban sus estupendas piernas y la extrafina chaqueta azul se ajustaba sin arruga alguna a los rectos hombros. El chaleco de seda marfil con tres bolsillitos daba el toque acertado. Sí, el duque no encontraría nada a lo que poner reparo.

Pese a lo que pensaba Hughes, el marqués no encontró ninguna aprobación en el rostro del duque cuando se presentó en el estudio de su padre. El duque y la duquesa mantenían aposentos separados en la residencia, siempre preparados para sus visitas ocasionales. El resto de la casa estaba disponible para el uso que quisiera darle el hijo.

El duque estaba sentado en un sillón junto al fuego.

—Buenos días, señor —dijo el marqués intentando leer el rostro de su padre. No se atrevió a tomar asiento.

El duque miró a su hijo de arriba abajo. El marqués sabía que iba perfectamente arreglado, pero no pudo evitar sentirse desastrado.

—Vas a explicarme, por favor, qué sucedía anoche cuando llegué, Arden.

El marqués hizo lo que pudo. Su proeza a caballo no recibió admiración alguna.

— ¿Es esa actriz tu amante?

— Sí, señor.

— No la traigas más a esta casa, ni a ella ni a sus descendientes.

El marqués se puso tenso, pero era un gesto de aceptación por la justicia de la reprimenda.

— Muy bien. Me disculpo, señor.

El duque inclinó un poco la cabeza.

— ¿Y el chico?

— Parece haberse ganado las simpatías de los criados, señor. He pensado en buscarle un sitio aquí.

El duque volvió a inclinar la cabeza.

— Entiendo que aún le debes una guinea. Estoy convencido de que acostumbrabas a saldar tus deudas.

Al marqués le maravillaba cómo el duque conseguía saber siempre lo que pasaba. No obstante, detectó el más leve relajamiento en la expresión de su padre.

— Por supuesto, señor.

Al parecer, la parte disciplinaria de la entrevista había concluido. El marqués notó la tensión desvaneciéndose en él poco a poco. Era obvio que lo que había traído al duque a Londres, fuera lo que fuese y de manera tan inesperada, no iba a achacarlo a su hijo.

— Siéntate, Arden. Tengo que comentar algo contigo.

Mientras el marqués ocupaba el sillón situado en frente de su progenitor, detectó algo en su voz que provocó otro tipo de preocupación en él:

— Confío en que *maman* se encuentre bien — dijo.

— Del todo.

Pese a la respuesta tranquilizadora, la inquietud atípica en el duque creó en el marqués una considerable preocupación. Notó la necesidad alarmante de jugar con el corbatín o cruzar las piernas descruzadas. Esta habitación elegante, con sus cortinas de rico brocado dorado y la alfombra china, no albergaban recuerdos especialmente desagradables, pero el duque llevaba su propia atmósfera con él. Al margen de donde se produjeran los encuentros, Lucien de Vaux se sentía de regreso en el formidable estudio de su padre en Belcraven Park, temblando mientras

recibía una bronca cáustica o escuchando con estoicismo mientras su tutor recibía instrucciones sobre el número de golpes que su última escapada se merecía.

Siempre había preferido lo último. El sistema le había quedado más claro desde edad temprana. Los golpes rara vez eran duros y se reservaban para el tipo de travesura común entre los muchachos. El escozor transmitía el mensaje de haber hecho algo que su padre desaprobaba pero que no le inquietaba seriamente.

Una regañina del duque era indicativa de que había caído por debajo del listón de los De Vaux y que su padre se avergonzaba de su hijo y heredero. Arden había llorado con frecuencia.

¿Por qué en esta ocasión rememoraba momentos dolorosos si resultaba claro que el duque no estaba enfadado?

Por fin rompió su silencio:

—No hay manera de adornar lo que tengo que decirte con cintas y lazos, Arden, pero no estoy seguro del orden en que las noticias resultarán más digeribles. —Fijó una mirada directa en su heredero—. Tengo que decirte que no eres hijo mío.

La impresión fue total.

—¿Me está desheredando, señor? Por el amor de Dios, ¿por qué?

—¡No! —dijo el duque—. Todo lo contrario. Sé desde tu nacimiento que no eres hijo mío.

La gélida impresión fue sustituida por una furia ardorosa. El marqués se puso de pie al instante.

—¡Eso es una calumnia hacia mi madre!

—No seas ridículo —dijo el duque con hastío—. Soy tan sensible a la reputación de la duquesa como tú. Pregúntale si así lo deseas. Es la verdad. Una brevísima indiscreción con un novio de la infancia...

El marqués detectó el antiguo dolor en su padre... no, no su padre...

El mundo se trastocó a su alrededor. Agarró la silla junto a la que se hallaba, el corazón latía atronador en su pecho y parecía costarle un esfuerzo terrible respirar. Seguro que los hombres de su edad se desmayaban.

Oyó al duque como si se encontrara al otro lado de un vasto abismo.

—Sucedió mientras yo estaba en Escocia persiguiendo urogallos. Me rompí la pierna... No hubo dudas de que yo no te había engendrado.

Su padre no mentiría. Su padre... bien, este hombre sentado con rigidez ante él siempre había sido sincero aunque frío. Por lo tanto, eso lo explicaba todo. El marqués sintió que le arrancaban el corazón del cuerpo. Fue un esfuerzo extenuante, pero logró concentrarse en los aspectos esenciales.

—¿Por qué me reconoció, señor?

El duque se encogió de hombros, sin mirarle en absoluto.

—Ya tenía dos hijos. Sucede en todas las familias de tanto en tanto, y yo amaba a tu madre profundamente. Ella nunca se habría separado de una criatura por voluntad propia. —Dirigió una rápida mirada a su heredero y luego se apresuró a apartar la vista, aún más pálido—. Después sucedió el accidente y ella estaba casi a punto de dar a luz. Podíamos haber fingido que el niño había muerto, supongo. Me he preguntado a veces..., pero eso la habría destruido. —Soltó un profundo suspiro—. Se aferró a ti como a ninguno de sus anteriores bebés. No era el momento para pensamientos racionales.

El marqués notó que las cosas empezaban a asentarse, a afianzarse en un mundo nuevo más oscuro. Bajó la vista y vio que tenía las manos blancas como el papel por la fuerza con que agarraba la silla. Era incapaz de relajarlas.

—Lo que está diciendo —manifestó, buscando en la frialdad una máscara para la furia de dolor que ardía en su interior— es que desde entonces ha deseado que yo no existiera.

Lucien alzó la vista. El duque encontró su mirada con firmeza, pero la zona que rodeaba su boca había empalidecido.

—He deseado, y aún lo hago, que la línea de sangre De Vaux continúe ininterrumpida.

Aunque pareciera lo más difícil que había hecho en la vida, el marqués se incorporó y asumió la solemnidad para la que había sido educado con tanto esmero.

—Lo entiendo, creo, señor. ¿Quiere que me pegue un tiro tal vez? ¿O debo huir al Nuevo Mundo bajo una nueva identidad? De todos modos, señor, no acabo de ver cómo eso le proporcionaría un heredero De Vaux. ¿O tal vez *maman*...?

Interrumpió la frase a causa de la incredulidad.

—Por supuesto que es demasiado mayor, Arden —replicó el duque tajante—. Deja de exteriorizar tus sentimientos. No quiero desheredarte ni deshacerme de ti. Sólo deseo con todas mis fuerzas que ojalá fueras hijo mío. —El duque se calló al oírse admitir aquello. Tras un momento añadió—: Ahora, de todos modos, lo que quiero es que te cases con mi hija.

El marqués se rindió entonces y se desmoronó sobre la silla.

—Ese idiota de anoche debió de darme con más fuerza de lo que pensaba —balbució.

O tal vez sólo era la conmoción lo que hacía que su cabeza flotara separada de su cuerpo y que sus pensamientos parecieran volutas de bruma. No obstante, había un pensamiento que sí alcanzaba a entender. Le habían indultado, en cierto modo. Como un hombre condenado a la horca al descubrir que sólo van a azotarle.

El duque se levantó y sirvió dos copas de brandy. Le puso una en la mano al marqués y volvió a sentarse.

—Bebe eso y presta atención, Arden.

El ardiente líquido descendió y disipó la bruma de su cerebro. El dolor de la realidad regresó y el marqués se obligó a reaccionar y se preparó para intentar encontrar sentido en las cosas.

—Después de tu nacimiento, Arden, me encontré sometido a una tensión considerable... Yo también mantuve una relación y, sin yo saberlo, nació una criatura. Ayer recibí noticia de la existencia de la niña. Tiene sangre De Vaux, aunque nadie, ahora que su madre ha muerto, lo sabe excepto nosotros. Si te casas con ella, el linaje continuará.

Por estúpido que pareciera, el marqués sólo podía pensar que su padre había traicionado a su exquisita madre.

—Tengo una idea mejor —dijo—. Nómbrala tu heredera.

La voz del duque sonó tan gélida como un jarro de agua fría:

—De nuevo estás siendo absurdo. ¿Es esto una negativa?

En medio de su dolor y con el orgullo arrasado, el marqués anhelaba hacer justo eso, chafar todo el asunto ante la cara de su padre y decirle que se fuera al infierno llevándose con él a su hija ilegítima. Pero llevaba dentro el orgullo de los De Vaux, aunque pareciera merecerlo bien poco, y se esforzó por recuperar un control gélido a la altura del duque.

—¿Sabemos algo de ella? —preguntó arrastrando las palabras.

—Su edad. Acaba de cumplir veinticuatro, casi un año más joven que tú.

—Toda una solterona, en otras palabras —comentó el marqués con frialdad—. Sin duda será un adefesio.

—¿Es tu consideración primordial?

—Parece bastante natural desear compartir la vida con una mujer a la que encuentres agradable —comentó el marqués mostrándose displicente—. ¿Y dónde vive mi novia?

—En Cheltenham. Es maestra en un seminario para damas que lleva una tal señorita Mallory, una antigua amiga de la madre de la chica.

—Un adefesio intelectual. Oh, bien —dijo el marqués asumiendo una indiferencia insensible—, debemos esperar que, a diferencia de Prinny, yo pueda cumplir con mi deber.

—Incluso el príncipe engendró una hija.

—Pero eso, como bien sabemos, a nosotros no nos sirve. —El marqués ya no podía aguantar más esta discusión. No sabía si acabaría pegando a su padre —es decir, el duque— o llorando a sus pies, pero ninguna opción era deseable. Se levantó con cierto control, pero no miró al otro hombre a los ojos—. ¿Hay algo más que comentar? Tengo compromisos que atender.

—Estoy haciendo indagaciones sobre la chica. Sólo he venido con urgencia porque tu madre dijo que tal vez considerases proponer matrimonio a la chica Swinnamer.

Una preciosa muñeca de porcelana de la cual había empezado a pensar que serviría como cualquier otra para casarse.

—Te aseguro que he renunciado a esa idea por completo —dijo el marqués con despreocupación; luego se percató de que estaba triturando una borla de la silla junto a la que se hallaba.

—¿Alegas un corazón roto? —preguntó el duque—. ¿Y qué hay entonces de la señora Blanche?

El marqués aplastó la borla con el puño.

—Los hombres funcionan así —dijo con amargura y alzó la vista para encontrar los ojos del duque—. Sin duda es consciente de ello, milord duque.

Tras decir eso se volvió sobre sus talones y escapó de allí.

El duque suspiró y se pasó la mano por los ojos. En ningún momento había esperado que esta entrevista fuera agradable. Lamentaba, no obstante, el dolor provocado al chico. Había dicho la verdad al explicar que deseaba realmente que fuera hijo suyo. Se habría sentido orgulloso de él.

Era alocado, sí, llevaba ese toque de St. Briac que él no apreciaba, pero nada había mancillado su honor jamás, y su inteligencia era aguda. El duque no tenía reparos en pasar algún día las cargas tremendas del ducado de Belcraven a Lucien.

Ojalá, pensó —y no por primera vez—, nunca se hubiera enterado. Qué felices podrían haber sido.

El dolor persistente por la larga separación de Yolande se había cronificado, pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? No podía arriesgarse a tener otro hijo, porque entonces la tentación de hacer lo que había sugerido Lucien —deshacerse de él en cierto modo— habría sido abrumadora. Yolande nunca habría permitido eso, pero él nunca podría haber dejado que su heredero legítimo ocupara el segundo lugar tras el usurpador.

Suspiró y confió por primera vez en que Elizabeth Armitage demostrara cualidades que compensaran de alguna manera a Arden por todo esto.

El marqués descendió por la amplia escalera curva de su casa —sobre la que por lo visto no tenía ningún derecho—, cogió su bastón, su sombrero de fieltro de castor y los guantes que le tendía un lacayo y cruzó las puertas para salir al sol de mayo. Las zancadas de sus largas extremidades le llevaron por las calles sin tener idea en realidad de a dónde iba.

Quedarse en casa sería insoportable. Ir a un club sería inaguantable... no quería encontrarse con ninguno de sus amigos.

No, no era del todo cierto. Deseó que Nicholas Delaney y su esposa Eleanor se encontraran en la ciudad. Podría hablar con ellos. Pero estaban en Somerset disfrutando de su hija recién nacida y de su mutua compañía. Sintió la tentación de huir allí como ya lo había hecho en alguna otra ocasión anterior... pero entonces había sido meramente para huir de

la mamá casamentera de Phoebe Swinnamer, no de la destrucción total de su vida, de su propia identidad.

Pobre Phoebe. Creía que su belleza le daba derecho al premio del mercado matrimonial. ¿Alguna vez comprendería lo cerca que había estado de alcanzar su ambición?

Había esquivado a Phoebe, pero no podía esquivar esta nueva trampa. Ya que por lo visto no tenía derecho en absoluto a esta posición y privilegio, lo menos que podía hacer era pagar con el sacrificio.

Al final descubrió que sus pasos sin rumbo le habían llevado a una calle tranquila de casas pequeñas. Suspiró con alivio.

Blanche.

No le esperaba a esas horas y por este motivo empleó la aldaba. No creía que Blanche le fuera infiel con otro amante, pero si fuera el caso, prefería no saberlo; no le hacían falta más sobresaltos aquel día. La sorprendida doncella le dejó pasar y en un momento la Paloma Blanca se reunió con él.

—Lucien, cielo —dijo con su voz cuidadosamente modulada, aún con reminiscencias de la pronunciación del norte—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano? —Pese a la pregunta, ella ya estaba en sus brazos estudiándolo—. ¿Algún problema, querido mío?

El marqués miró el rostro con forma perfecta de corazón y su asombroso cabello plateado, ya que había convertido sus canas prematuras en su señal de identidad. Suspiró:

—Sólo necesito una amiga, Blanche.

Sonriendo, ella lo llevó hasta un sofá.

—Aquí tienes una. ¿Cómo puedo ayudarte? —Le apartó los rizos dorados de la frente con dedos delicados—. ¿Se trata de tu padre? ¿Está muy contrariado? Te dije que no deberías haberme llevado allí.

—Tenías razón. —Atrató su mano y la besó—. ¿Te importa?

—No seas bobo —respondió con una sonrisa descarada y el acento de su Manchester natal—. No alimento expectativas tontas, Lucien. Me tratas con respeto y eso es todo lo que pido. Entonces, ¿es ése el problema?

El marqués se recostó y suspiró.

—No, no lo es, encanto. Pero no te lo puedo contar. Sólo necesito tranquilidad y paz para que se me ocurra algo.

—Y, claro, en tu casa faltan habitaciones vacías —dijo comprensiva, provocando en él la risa que buscaba, aunque fuera tensa.

Lucien la estrechó con un abrazo amistoso.

—Debería haberme casado contigo —dijo, y la broma provocó una risita en ella.

—Memo. ¿De eso se trata? —preguntó—. ¿Te ha rechazado la chica Swinnamer?

—No. Deja de hacer preguntas.

Obedientemente, se quedó callada y descansó en su confortable abrazo. Sabía que había ocasiones en las que tener simplemente a alguien cerca era un consuelo, y ella le ofrecería todo el que pudiera. Quería a Lucien de Vaux de un modo muy real, pero tenía tres años más que él y un siglo más de experiencia. El marqués le pagaba bien y ella le ofrecía lo que pagaba y más. Un día todo acabaría, tal y como debía ser.

Con Blanche tierna y perfumada en sus brazos, Lucien reprodujo en su mente la breve entrevista con su padre —no, el duque— una y otra vez. ¿No podría haberlo suavizado de algún modo? No eran noticias susceptibles de endulzarse.

Tantas cosas encajaban ahora, como la formalidad en la vida de sus padres pese a las sugerencias de sentimientos profundos. ¿Nunca había perdonado a su madre? Las palabras del duque habían sido amables esta mañana y aun así la evidencia era que se habían distanciado durante más de veinte años. Lucien siempre había confiado en que fuera sólo una apariencia de formalidad, pero que en privado se comportaran de otra manera.

No sabía cómo iba a volver a mirar a cada uno de ellos.

Comprendía por fin la actitud del duque hacia él, por qué nunca había logrado conseguir su cariño, la aceptación que buscaba. Su padre le había expresado sus reproches o aprobaciones, pero siempre con el talante impersonal de un guardián. Supuso, dada la situación, que el duque había sido muy bueno con él.

Y ahora tenía que corresponder a su bondad. Su deber era aceptar esta boda —aunque pareciera incestuosa y fuese una unión dispareja del más alto nivel—, y dar herederos varones que garantizaran la dinastía. Luego, tal vez, pensó con desazón, pudiera pegarse un tiro.

Blanche empezaba a sentirse entumecida. Se meneó un poco.

—¿Te apetece una copa de vino? ¿O un té?

El marqués cambió de posición con ella y la besó con ligereza.

—Vino, por favor. ¿Y tal vez algo de comer? Me he saltado el desayuno.

Aunque la actitud de Lucien parecía en gran medida tan animada como era habitual, ella percibía la tensión debajo y padecía por él.

—Por supuesto, cielo —respondió con ojos brillantes—. Al fin y al cabo, tú pagas al tendero.

Él sonrió.

—Así es. Y también al joyero. En cuanto recupere las fuerzas voy a ir a comprarte más diamantes. A menos que te convenza de que lleves zafiros.

—¿Y echar a perder mi actuación? —protestó ella—. El día que la Paloma Blanca lleve otro color estará acabada. He visto unas bonitas horquillas para el pelo en las galerías Burlington.

—Pues considéralas tuyas. Eres un tesoro, Blanche. Serás una esposa maravillosa para cualquier hombre.

Su atención parecía obsesionada con las esposas. Blanche le dedicó una mirada insolente.

—¿No es entonces un detalle por mi parte que me reparta un poco?

Lucien soltó una carcajada y fue lo más próximo al despreocupado marqués que ella podía esperar conseguir aquel día.